

CAMINAR DESDE CRISTO

Hemos tenido problemas de traducción, pero la intención de los autores parece clara. *Ripartire da Cristo* es el título del documento recién publicado por la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica (CIVCSVA). Las traducciones pueden ser varias: partir nuevamente de Cristo, volver a empezar desde Cristo... Caminar desde Cristo es el título que la Congregación ha dado a su texto en la versión oficial: *Caminar desde Cristo. Un renovado compromiso de la vida consagrada en el tercer milenio*.

La dificultad de traducción no es nueva. Ya se había experimentado al traducir la Carta Apostólica redactada por Juan Pablo II al concluir el Gran Jubileo, *Novo millennio ineunte*, en la que son muy frecuentes los verbos que invitan a retomar, a comenzar de nuevo, a volver a partir de... La coincidencia no ha de sorprender. Nos encontramos en este documento con la aplicación a la vida consagrada de las invitaciones que en la citada Carta Juan Pablo II dirigía a todos los creyentes. Ya entonces, en la introducción del documento, se insinuaba una tarea de futuro para la Iglesia: tiempo de ponerse en camino, de remar mar adentro, de asumir con nuevos ímpetus la misión evangelizadora. A través de múltiples expresiones, espolvoreadas por el documento, la exhortación era la misma: caminar con esperanza, tener el mismo entusiasmo apostólico de los primeros tiempos, correr hacia los hermanos... Se abría entonces -en palabras de Juan Pablo II- "una apasionante tarea de renacimiento pastoral" (NMI 29), "el mayor y no menos comprometedor horizonte de la pastoral ordinaria".

Ha pasado poco más de año y medio. Multitud de comunidades eclesiales -locales, diocesanas, religiosas, laicales- han querido hacer suya la invitación pontificia en planes, declaraciones, proyectos. No pocas veces Juan Pablo II ha reiterado su llamada a consagrados y consagradas. Con la peculiaridad que tiene la apelación a la tradición de cada familia religiosa, no es difícil percibir unas constantes en las palabras que desde entonces el Obispo de Roma ha dirigido a los diversos institutos de vida consagrada y sociedades de vida apostólica.

Entre medias, en el mes de septiembre, la celebración de la Plenaria de la Congregación para Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica se convirtió en una nueva ocasión para que el Papa diera voz a sus propuestas. La Congregación dio cuenta de su encuentro a través de una pequeña nota. Juan Pablo II dirigió un mensaje a los presentes. En dicho texto pueden percibirse ya con claridad los acentos del documento que la CIVCSVA acaba de promulgar. La nota antes citada permite intuir ya cuáles son los objetivos del texto que hoy comentamos: "¿De dónde se habrá de partir, se han preguntado, pues, los Padres de la Plenaria, para un relanzamiento de la vida consagrada en la perspectiva y prospectiva del nuevo milenio?". Líneas arriba quedaba clara la intención del encuentro: "reflexionar sobre el futuro de la vida consagrada a partir del programa que el Papa ha fijado para todos los

fieles cristianos con su Carta apostólica *Novo millennio ineunte*". En el mismo texto encontramos, además, las claves que nos permiten conocer el origen de *Caminar desde Cristo*: la Plenaria pudo trabajar sobre un documento preparado por una comisión de expertos. Al menos veinticuatro cardenales, siete obispos, cinco superiores generales, tres superiores generales, y la presidenta de la Conferencia Mundial de Institutos Seculares pudieron dialogar sobre el texto presentado.

La espiritualidad de la comunión constituye elemento y exigencia esencial para la vida consagrada. El reciente documento de nuestra Congregación "*Caminar desde Cristo. Un renovado compromiso de la vida consagrada en el tercer milenio*", invita a las personas consagradas a dejarse forjar interiormente por el Dios de la comunión, para ser comunidades maduras donde la espiritualidad de la comunión sea ley de vida. Sí, "la santidad y la misión pasan por la comunidad, porque Cristo se hace presente en ella y a través de ella" (CDC 29).

LA INTENCIÓN DEL DOCUMENTO

Caminar desde Cristo (CDC) consta de una introducción y cuatro capítulos. En aquella es bien fácil encontrar el propósito de la CIVCSVA al dar a luz el documento. Abre el texto un recuerdo de la experiencia del Jubileo, y la constatación de que los "dramáticos sucesos" vividos por el mundo en los últimos años han añadido "nuevos y fuertes interrogantes" a los que la humanidad ya se planteaba. No sólo se han globalizado la tecnología y la economía. También lo han hecho la inseguridad, el miedo, la injusticia, la violencia. En este contexto, "el Espíritu llama a las personas consagradas a una constante conversión para dar nueva fuerza a la dimensión profética de su vocación" (CDC 1).

La expresión resultará conocida a las personas familiarizadas con la exhortación *Vita Consecrata* en la que la dimensión profética de la vida religiosa ocupa un papel tan nuclear. *Caminar desde Cristo* quiere también hacer balance de los cinco años transcurridos desde la publicación de la exhortación postsinodal sobre la vida consagrada. Esta y la *Novo millennio ineunte* son constantemente citadas a lo largo del nuevo documento, en cuya introducción se hace expresa mención de la importancia y validez de *Vita Consecrata*, "fundamental documento del magisterio eclesial", "documento programático que es necesario continuar profundizando y llevando a la práctica" (CDC 3). No nos encontramos, por tanto, con un texto que convierta en obsoleta la exhortación de 1996 o declare concluido su tiempo; todo lo contrario, ésta continúa siendo válida e importante.

Ya la Exhortación Apostólica *Vita consecrata* había iluminado con nueva claridad la teología del seguimiento y de la consagración, de la vida fraterna en comunidad y de la misión, ahondando en el misterio trinitario y en una renovada eclesiología de comunión. Esta instrucción quiere ser una ayuda y un estímulo que impulse a vivir con mayor fidelidad la particular testimonio evangélico.

En el documento aparece con claridad el núcleo fundamental: *la necesidad de una fuerte vida espiritual para una renovada calidad de la vida consagrada*. En torno a este valor se desarrolla todo de forma armónica. Los interrogantes y las aspiraciones que las personas consagradas advierten en las diversas partes del mundo, son puestas de manifiesto y encuentran itinerarios de posibles respuestas.

Tampoco se trata de repetir o afirmar lo mismo. El camino a continuar haciendo, "camino de fidelidad y de renovación", "está, al mismo tiempo, abierto para promover perspectivas válidas de formas nuevas de vida consagrada y de vida evangélica" (CDC 3). Nuevos son los interrogantes que a la vida religiosa se presentan (CDC 1), nuevas las formas y caminos que quizá hayan de emprenderse. Lo nuevo no tiene por qué dar miedo. Este arrojo o esta valentía con la que es pertinente caminar no tienen su fundamento en una cuestión de carácter o de valoración. CDC invita a un coraje teologal y afirma desde el principio su conciencia de que el Resucitado ha cumplido su promesa y acompaña sin cesar a su Iglesia: "El Señor mismo se hace nuestro compañero de viaje y nos da su Espíritu" (CDC 2).

La afirmación no se queda ahí. La misma vida consagrada es considerada una prueba de esa presencia constante de Jesús de Nazaret y de su Espíritu. El párrafo no tiene desperdicio: "La vida consagrada, en el continuo desarrollarse y afirmarse en formas siempre nuevas, es ya en sí misma una elocuente expresión de su presencia, como una especie de Evangelio desplegado durante los siglos. Ésa aparece, en efecto, como prolongación en la historia de una especial presencia del Señor resucitado" (CDC 2).

El reconocimiento no es, en modo alguno, una invitación al conformismo. Inmediatamente se invita a ponerse en camino, a un renovado impulso. Tampoco caben, como volverá a verse más tarde, interpretaciones que consideran la vida religiosa como algo caduco, pasado, superado, vestigio de una Iglesia en extinción, ni cuadros llenos de negros y grises que subrayan únicamente los límites y las deficiencias de consagradas y consagrados. En el "continuo desarrollarse y afirmarse en formas siempre nuevas" de la vida religiosa se percibe la presencia de Dios.

La Congregación afirma expresamente que su intención no es ofrecer otro documento doctrinal (cf. CDC 4), sino ayudar a la vida consagrada a sintonizar con las grandes indicaciones pastorales postjubilares. Aunque no se pretende -dicen- "retomar un análisis de la situación" que ya ha sido hecho en gran medida en los trabajos de las asambleas continentales del Sínodo de los Obispos, el documento no evita -quizá por que tampoco puede hacerlo- evaluar el momento presente de la vida consagrada. Sí está claro, y expresamente afirmado, el llamamiento más importante que desea hacerse: invitar a consagradas y consagrados a un compromiso renovado en la vida espiritual, a colocar la vida en el Espíritu en el centro de los ritmos vitales personal y comunitario.

UN CANTO DE ALABANZA

La primera parte (nn. 5-10) es un canto de alabanza a Dios por los dones de gracia que ha hecho y continúa haciendo a su Iglesia a través de esta particular forma de seguimiento de Cristo. La gratitud: se muestra también hacia todas las distintas formas de vida consagrada que a lo largo de los siglos han sido y continúan siendo casi un Evangelio desplegado por los senderos de la historia para mantener viva y mostrar la extraordinaria grandeza del amor de Cristo. Es innegable el papel fundamental que la vida crecimiento de todo el pueblo de Dios.

La existencia de los consagrados, recordada citando VC 22 como memoria viviente del modo de existir y actuar de Jesús, es agradecida como don, bendición, motivo de esperanza para la Iglesia y para el mundo, terapia espiritual para los hombres y mujeres de hoy. La vida consagrada es alabada en su ser y en su hacer. El elogio alcanza a todas sus formas que son cuidadosa y cariñosamente enumeradas: monjes, monjas, contemplativos, eremitas, congregaciones apostólicas, vírgenes, institutos seculares...

Según el texto, en los últimos años la vida consagrada ha recorrido "camino de profundización, purificación, comunión y misión". El balance es notoriamente positivo, aunque no falten en él los momentos o realidades oscuras. Reciben especial elogio algunos rasgos entre los que aparecen la docilidad a las indicaciones del Papa, la creciente sensibilidad a las peticiones de los Pastores, el aumento de la colaboración formativa y apostólica entre institutos, la progresiva relación con el resto de los cristianos vivida como "intercambio de dones en la reciprocidad y complementariedad de las vocaciones eclesiales" (CDC 7). Es, sin embargo, el celo por la instauración de Reino y la salvación de los hermanos, el rasgo que merece ser llamado "la mejor prueba de una donación auténticamente vivida por las personas consagradas" (n. 9).

Los asistentes a la Plenaria, y la Congregación en el documento, manifiestan su admiración por la "multiforme actividad misionera de los consagrados y consagradas", y dedican un llamativo y significativo elogio a la "generosidad y particular riqueza" de las consagradas, "que se merece el más grande reconocimiento por parte de todos, pastores y fieles" (CDC 9), reiterando la petición de *Vita Consecrata* 58: "Urge, por tanto, dar algunos pasos concretos, comenzando por abrir espacios de participación a las mujeres en diversos sectores y a todos los niveles, incluidos aquellos procesos en que se elaboran las decisiones".

El texto levanta acta de la generosa respuesta de la vida religiosa a los llamados misioneros de Juan Pablo II, constatando una "valiente expansión" y que "nunca como en estos años ha habido tantas fundaciones, precisamente en momentos agravados por la dificultad numérica que sufren los institutos". Muchos hermanos se han arriesgado hasta el sacrificio efectivo de la vida. Precisamente en estos años, para algunos supuestamente decadentes, "el Martirologio del testimonio de la fe y del amor de la vida consagrada se han enriquecido notablemente" (CDC 9). El texto agradece la

aportación de las monjas a la evangelización, tantas presencias en la educación, los medios de comunicación, el ejercicio de las obras de misericordia, y el hecho de que "una opción fuerte y convencida ha llevado a aumentar el número de religiosos y religiosas que viven entre los excluidos", que "avanzan hacia la frontera por amor a Cristo, haciéndose cercanos a los últimos".

Con la misma convicción con que se hablaba de la presencia de Cristo en su Iglesia, el texto califica estos años de "tiempo del Espíritu", hora en la que la vida religiosa está llamada a apostar por la caridad, "viviendo el compromiso de un amor activo y concreto con cada ser humano" (NMI 49; CDC 10). El camino sólo será posible en la docilidad al Espíritu Creador.

DEFICIENCIAS Y RETOS

La Instrucción no ignora las pruebas, los retos y las purificaciones a las que hoy está sometida la vida consagrada. La compleja conducción de las obras, aún pedida por las nuevas exigencias sociales y las normativas de los Estados, junto con la tentación de la eficacia y del activismo, corren el riesgo de ofuscar la originalidad evangélica y debilitar las motivaciones espirituales de su vida. El individualismo dominante en la cultura actual puede menoscabar profundamente la comunión de la fraternidad. A estas dificultades se suman la disminución y el envejecimiento de los miembros en algunas naciones y la necesidad de clarificar la presencia de la vida consagrada en la Iglesia ante el nuevo protagonismo de los laicos y también por la escasa consideración reservada en algunos ambientes al significado eclesial de los religiosos y de las religiosas.

No evita el texto aludir a los problemas a los que hoy se enfrenta la vida consagrada y a su cara menos luminosa. Dichos aspectos son tratados en la segunda parte: 'La valentía para afrontar las pruebas y los retos' (CDC 11-19). Allí encuentran su lugar las dificultades, pruebas y purificaciones. Los autores dejan clara su intención: "Si se presta ahora una cierta atención a los sufrimientos y a los retos que hoy afligen a la vida consagrada no es para dar un juicio crítico o de condena, sino para mostrar, una vez más, toda la solidaridad y la cercanía amorosa de quien quiere compartir no sólo las alegrías sino también los dolores" (n.11). Desde la fe incluso lo negativo puede ser espacio de nuevos comienzos. Estas dificultades pueden ser ocasión de "un nuevo *kairós*, de un tiempo de gracia". Los textos paulinos sobre la acción de Dios en la fragilidad son citados varias veces.

El documento se hace eco de algunas preguntas que suelen estar en el ambiente: visto el envejecimiento de las comunidades -en algunos lugares, habría que decir-, y el descenso de las vocaciones, ¿puede seguir la vida consagrada siendo propuesta como forma válida y atractiva de vida? ¿No es este el tiempo de los seculares y de los movimientos? ¿Disminuye la razón de ser de la vida consagrada la creciente toma de conciencia sobre la vocación de todo bautizado a la santidad? Todo lo contrario. Dicha toma de conciencia refuerza el carácter de signo de esta vocación -"particularmente

apta para conseguir la perfección evangélica"(CDC 13)- cuyo apoyo a la fidelidad de todos los cristianos supone un "testimonio hoy más necesario que nunca". *Los momentos de crisis, son para la vida consagrada "un signo providencial que invita a recuperar la propia tarea esencial de levadura, de fermento, de signo y de profecía" (n. 13)*. Está claro que, para la CIVCSVA, realidades como las anteriores no implican decadencia u ocaso. La vida consagrada tiene mucho futuro por delante (cf. CDC 12; VC 110).

No falta en el texto la denuncia de realidades que matan la vida consagrada o son expresión de infidelidad: la mediocridad en la vida espiritual, el aburguesamiento progresivo, la mentalidad consumista, los efectos del deficientísimo y el activismo, la prevalencia de los proyectos personales sobre los comunitarios. Quizá, en su afecto hacia la vida consagrada, la Congregación quiere subrayar lo positivo y corrige con caridad. Tal vez -tómese esto sólo como hipótesis- desea responder con sus palabras a las descripciones injustamente sombrías que a veces se hacen de la vida consagrada. La enumeración de las lacras antes señaladas va acompañada de este comentario: "Son problemas reales, pero no hay que generalizar. Las personas consagradas no son las únicas que viven la tensión entre secularismo y auténtica vida de fe, entre la fragilidad de la propia humanidad y la fuerza de la gracia; ésta es la condición de todos los miembros de la Iglesia" (CDC 12).

Mas las pruebas y deficiencias son una invitación a profundizar la vivencia propia de la vida consagrada. Es necesario retomar con fuerza el camino. La CIVCSVA insinúa para ello algunos senderos. El principal pasa por la formación permanente. Los caminos auténticos de renovación "dependen principalmente de la formación de sus miembros" (CDC 14). Algunos comentaristas han visto en este acento una importante novedad. El texto antepone la formación permanente, continua, a las consideraciones sobre la pastoral vocacional o la formación inicial. Una formación permanente que tiene sus razones teológicas, pero que sobre todo "representa un modo teológico de pensar la misma vida consagrada, que es en sí formación nunca terminada" (CDC 15), y que no debe su importancia únicamente a los cambios del mundo contemporáneo sino que viene exigida por la misma naturaleza de la vida consagrada. El documento afirma, con bellas expresiones, que "es muy importante que toda la persona consagrada sea formada en la libertad de aprender durante toda la vida, en toda edad y en todo momento, en todo ambiente y contexto humano, de toda persona y de toda cultura, para dejarse instruir por cualquier fragmento de verdad y belleza que encuentra junto a sí" (CDC 15).

Quizá para subrayar su papel en la formación permanente y en la animación de las comunidades y las personas, el texto antepone unos párrafos sobre la función de superiores y superioras. Se alude a afirmaciones ya hechas en *La vida fraterna en comunidad*, exhortando a la presencia constante y cercana de los superiores, a los que se invita a no renunciar a su misión. El texto insiste en valores como la corresponsabilidad, la participación, el discernimiento y el diálogo recordando cosas

ya dichas, pero no por ello menos urgentes. Merece una especial mención la alusión a *Novo millennio ineunte* (n.45), donde Juan Pablo II sugería el ejercicio de la autoridad desde patrones de la antigua sabiduría monástica.

Frutos de la conversión que nace de una correcta formación permanente serán la animación vocacional y el diseño de nuevos caminos formativos (nn. 16-18). Se invita a cultivar "la capacidad diaria de vivir la vocación como don siempre nuevo". De ella brotará la correcta animación vocacional a la que, por naturaleza, está llamado todo consagrado. Una vez más el Magisterio insiste en que la responsabilidad vocacional no es delegable: "quien ha sido llamado, tiene que llamar". El servicio a las vocaciones es calificado como uno de los más comprometidos retos que debe afrontar hoy la vida consagrada. La respuesta pasa por la oración el fomento del encuentro, la creación de comunidades acogedoras, la colaboración en y con las iglesias locales. Es fácil que las personas más vinculadas a estas tareas no encuentren afirmaciones nuevas; ello no quita verdad y fuerza a las que se hacen. Algo semejante puede decirse de las afirmaciones sobre la formación inicial. Las posibles vocaciones han de ser acogidas en comunidades llamadas a ser, al mismo tiempo, escuelas de santidad y de comunión (CDC 18), conscientes de que los tiempos requieren preparaciones cualificadas y orientaciones profundas: "a la formación deben destinarse las mejores energías, aunque esto comporte notables sacrificios". Se invita a la "suma generosidad" en ello.

Aparece ahí una llamada que en cierto modo subyace a toda la Instrucción: el respeto y la adecuación a las diversas culturas. Se evocan las invitaciones al caso de *Novo millennio ineunte*, y se recuerda cómo la inculturación afecta a la manera de encarnar la misma vida consagrada, la espiritualidad, el gobierno, la formación, la economía, la misión. El texto elaborado al respecto por iniciativa de la Unión de Superiores Generales viene fácilmente a la memoria.

Los itinerarios formativos ofrecidos a todos los consagrados y consagradas han de afrontar con valiente esperanza y sano realismo los retos comprometidos que provienen de los valores que dominan la cultura globalizada de nuestros días, juntamente con la interculturalidad, las diferencias de edad y la diversidad de planteamientos que caracterizan cada vez más a los Institutos de vida consagrada.

No acaban aquí los retos. Los autores afirman que si han optado por destacar la necesidad de la calidad de vida y el cuidado en la formación es porque los consideran más urgentes. La Congregación manifiesta, ante esta y otras cuestiones, su deseo de estar cerca de la vida consagrada, y de "continuar un diálogo cada vez más sincero y constructivo".

EL LUGAR CENTRAL DE LA VIDA EN EL ESPÍRITU

La tercera parte, *"la vida espiritual"*, constituye la fuerza dinamizadora de todo el documento, presenta un verdadero programa de vida, un proyecto concreto de formación permanente. *"Aspirar a la santidad: éste es en síntesis el programa de toda vida consagrada"* (VC 93). Una santidad forjada en la cotidianidad de la vida ordinaria, en el cumplimiento de nuestras leyes y constituciones. La instrucción invita a seguir el camino trazado por el Santo Padre en el "Novo Millennio ineunte": partir de la contemplación del rostro de Cristo y de una profunda espiritualidad de comunión. En torno a estos dos núcleos principales se desarrolla todo este capítulo.

Contemplar el rostro de Cristo significa ante todo, "Caminar desde Cristo", significa ser memoria viviente del modo existir y de obrar de Cristo, es decir, comprobar que toda la vida y todos los servicios apostólicos de las personas consagradas y de sus institutos tengan por centro a Cristo, que todo parte de El y todo lleve a El.

La espiritualidad que se propone se caracteriza por unos rasgos: es "más eclesial y comunitaria, más exigente y madura en la ayuda recíproca en la consecución de la santidad, más generosa en las opciones apostólicas". Más abierta, se convierte en "pedagogía y pastoral de la santidad" al interior de la vida consagrada y con respecto al resto del Pueblo de Dios. Puede decirse de muchos modos, y el mismo texto lo hace; se trata de adherirse cada vez más a Cristo y de retomar un camino de conversión y renovación que tiene en Él el centro de la vida y la fuente continua de toda iniciativa.

La Instrucción se pregunta dónde contemplar el rostro de ese Cristo y afirma la existencia de "multitud de presencias que es preciso descubrir de manera siempre nueva" (CDC 23). Varias de ellas son objeto de detallado tratamiento: la Palabra de Dios, la oración y la contemplación, la Eucaristía, el rostro de Cristo en la prueba... *El Documento se detiene en "algunos lugares privilegiados en los que se puede contemplar el rostro de Cristo" y "en los itinerarios de una espiritualidad vivida" (n. 23) donde, en contacto con las fuentes de la propia específica vocación, se renueva el compromiso de la vida en el Espíritu.*

La Palabra de Dios, "primera fuente de toda espiritualidad" (VC 94), es el alimento del cual toma fuerza e inspiración el camino diario de oración y de vida apostólica. Es en la oración y en la contemplación donde la Palabra de Dios viene escuchada y acogida, donde madura constantemente toda vocación. Aquí la vida interior se hace relación de amistad con Jesús, alentada constantemente por la comunión con El y con los hermanos. La alabanza del Señor, coral o personal, resuena en el corazón y surca la vida de los consagrados y consagradas, para que las semillas fecundas de la Palabra de Dios puedan llevar frutos abundantes de santidad, de comunión fraterna y de servicio a la evangelización del mundo.

Caminar desde Cristo significa mirar a Jesús Eucaristía: celebrado, acogido en el corazón, testimoniado en la vida. La intimidad con Jesús, la configuración con El a la que están llamados los consagrados, se realiza a partir del Sacrificio Eucarístico. Aquí se aprende a amar y a perdonar, aquí la vida fraterna muestra su calidad de fruto y signo del amor del Padre recibido en Cristo y compartido con los hermanos, aquí el servicio apostólico aprende la condición indispensable de su eficacia: el "dar la vida". "De la Eucaristía nace, efectivamente, la espiritualidad de comunión tan necesaria para establecer el diálogo de la caridad que el mundo de hoy tanto necesita" (n. 26).

Junto a la Eucaristía, la vida consagrada tiene otro lugar privilegiado donde contemplar el rostro del Señor: el-Crucificado, el "*rostro en la prueba*". Es éste, en efecto, el libro en el que se aprende qué es el amor y cómo son amados Dios y los hermanos. En esta luz se reconoce "que el pecado está todavía radicalmente presente en el corazón y en la vida de todos" y que "también hoy es necesario proponer con fuerza este misterio de reconciliación" (n. 27), que tiene su culmen en el sacramento de la Penitencia.

Quien recorra estos caminos alimentará lo que el texto llama "clima espiritual de la Iglesia al comienzo del tercer milenio": la espiritualidad de comunión. De nuevo la relación de *Caminar con Cristo y Novo millennio ineunte* se hace patente. También la espiritualidad de comunión da pie a amplias consideraciones. Se invita a nuevos tipos de relación al interior de las comunidades y congregaciones, de los institutos entre sí, de éstos con las nuevas formas de vida evangélica, con los movimientos eclesiales... La relación de consagrados y seglares es objeto de especial atención (cf. CDC 31). Se levanta acta de la situación, de los pasos dados en los últimos años, se postulan las claves eclesiológicas deseables y se apuesta por "un clima de ayuda recíproca que favorezca la comprensión de la especificidad y de la belleza de cada estilo de vida (...) en una complementariedad siempre respetuosa de la diversidad".

Sobre esta urgencia pastoral se abre un ministerio pedagógico muy particular a la vida consagrada. Con la variedad de sus carismas y de sus instituciones que trabajan en sinergia en la Iglesia y con la sociedad, y especialmente con sus comunidades multiculturales e internacionales, la vida consagrada ofrece a la humanidad experiencias valiosas de diálogo, colaboración y comunión. La Iglesia nos renueva, pues, la petición de ser "*expertas en comunión*", promotores de la unidad en la Iglesia y en la sociedad.

Lugar especial merece también la llamada a una relación "efectiva y afectiva" con los Pastores, en primer lugar con el Papa, y con su Magisterio. La caridad mutua es la clave de esta relación, cuya calidad se percibe hoy amenazada por factores concretos: la existencia de delicados problemas de frontera que el Magisterio debe encarar, y de tendencias centrífugas que ponen en duda principios fundamentales de la fe y de la moral.

EPIFANÍA DEL AMOR DE DIOS

Testigos del amor: la cuarta parte es una invitación a recorrer a fondo este camino de la espiritualidad y de la comunión en la renovación de la vida y de la misión apostólica. Sabemos que la misión se define como la "evangelización realizada a través del amor". Sí, no hay más santidad que la caridad. La caridad constituye en verdad el corazón de la Iglesia. De ahí que toda vida consagrada deba traducirse en desplegar todas nuestras capacidades de amar. La caridad es la única fuerza creadora, que haciéndose sensible a las pobrezas y nuevas necesidades, nos hace capaces de crear nuevas respuestas. El amor no hace ruido, camina en silencio y discreción, pero cambia el mundo.

Cuando se parte de la contemplación del rostro de Cristo no se puede por menos de verlo en aquellos con los que El ha querido identificarse. En estos números, 33-46, el documento se deja llevar de la creatividad del Espíritu, inspirando con fuerza profética la imaginación de caridad, para llevar a las personas consagradas a nuevas fronteras de la evangelización y proponiendo nuevos modelos para erradicar las causas y estructuras de pecado.

Los ámbitos que el documento invita a mirar con mayor interés son los del *anuncio del Evangelio, del servicio a la vida, a la difusión de la verdad y la apertura a los grandes diálogos*. Son aquellos en los que hoy se siente más la exigencia del testimonio del amor total de Cristo, dado con una humilde pero fuerte radicalidad, y acompañado por una fecunda creatividad y audacia evangélica.

Quien vive arraigado en Cristo convierte su espiritualidad de comunión en una "sólida y robusta espiritualidad de la acción". Ser y hacer son inseparables. Consagrados y consagradas no dan a la misión parte de su tiempo, sino la totalidad de sus vidas. A lo largo de los siglos (cf. CDC 36) han vivido concretamente el Evangelio en el ámbito de la caridad. Sus vidas "constituyen por todas partes un lazo de unión entre la Iglesia y grupos marginados que no se contemplan en la pastoral ordinaria". Fiel a esa tradición, la vida consagrada está hoy convocada a "sorprender al mundo con nuevas formas de activo amor evangélico" ante las necesidades de nuestro tiempo.

El campo de trabajo de las personas consagradas es tan amplio como el mundo, pero en su cometido deben aprender a armonizar el anhelo universal de su vocación con la inserción concreta dentro de un contexto y de una Iglesia particular específica. Aquí, con una auténtica espiritualidad de comunión, son llamados a ser "*signo eficaz y fuerza persuasiva que conduce a creer en Cristo*" (n. 33). La primera obra apostólica de toda forma de vida consagrada es, en efecto, ser antes que nada "epifanía del amor de Dios" (VC III).

En esta perspectiva los Institutos son llamados a "reflexionar sobre los carismas y tradiciones propias, para ponerlos al servicio de las nuevas fronteras de la evangelización". "Hoy se encuentra una mayor libertad en el ejercicio del apostolado,

una irradiación más consciente, una solidaridad que se expresa con el saber estar de parte de la gente, asumiendo los problemas para responder con una fuerte atención a los signos de los tiempos y a sus exigencias" (n. 36). .

La Congregación evoca la llamada de Juan Pablo II (cf. NMI 50) a una nueva "imaginación de la caridad", su invitación a un ir todavía más allá en el amor concreto a los pobres. También eso -se afirma- es espiritualidad: "El Papa ofrece también una dirección concreta de espiritualidad cuando invita a reconocer en la persona de los pobres una presencia especial de Cristo que impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos" (CDC 34). Esa opción afecta también a los consagrados.

Caminar desde Cristo entra después a señalar algunas iniciativas concretas, constatando su importancia y señalando cuáles pueden ser hoy las exigencias más urgentes en cada campo. Se abordan así el anuncio del Evangelio, el servicio a la vida a través de las obras de misericordia, la difusión de la verdad en la educación y los medios de comunicación social. Un tratamiento singular recibe lo que se denomina "la apertura a los grandes diálogos": "La vida consagrada no puede contentarse con vivir en la Iglesia y para la Iglesia (...) Está llamada a ofrecer una colaboración específica en todos los diálogos a los que el Concilio Vaticano II ha abierto a la Iglesia entera" (CDC 40). Desde esta perspectiva, el documento incluye sugerentes reflexiones sobre el ecumenismo, el diálogo interreligioso, el diálogo con quienes no profesan ninguna religión.

No podemos recoger aquí todos los temas abordados. En coherencia con lo señalado al principio, la Instrucción insiste en este capítulo en las nuevas pobrezas y en fenómenos que este momento pueden tener especial relieve: el desequilibrio ecológico, el empobrecimiento creciente de los pobres, la paz, el vilipendio de muchos derechos fundamentales, la necesidad de que la vida sea defendida desde la concepción hasta su ocaso natural. Al hablar de estos temas hay un justo reconocimiento a los consagrados en los institutos seculares; se echa de menos quizá un recuerdo a los laicos de los institutos religiosos.

El número 45 subraya la invitación a hacerse cargo de la situación de malestar que está presente en el mundo, a nivel universal, de pueblos y de personas en particular. "La codicia de los bienes, el ansia de placer, la idolatría del poder, o sea la triple concupiscencia que marca la historia y que está en el origen de los males actuales sólo puede ser vencida si se descubren los valores evangélicos de la pobreza, la castidad y el servicio". Con estas indicaciones, no exhaustivas pero ciertamente puntuales, la Instrucción anima a los consagrados y a las consagradas a mirar más allá de las dificultades, de las pruebas y de los problemas cotidianos y descubrir el valor de fiarse plenamente de Dios y de abandonarse a su amor para vivir el nuevo milenio marcado por la esperanza en la fuerza del Espíritu y la presencia viva de la caridad de Cristo en medio de los hombres.

CÁNTICO FINAL: TIEMPO DE ESPERANZA

El epígrafe del último número es buen botón de muestra: "Mirar hacia delante y hacia lo alto". Los jóvenes consagrados y consagradas encuentran aquí un recuerdo especial. El texto hace dos llamativas consideraciones: la necesidad de que se les reconozca como "auténticos protagonistas de su formación" y "de que vayan asumiendo gradualmente labores de orientación y de gobierno" (cf. CDC 46). De nuevo la conveniencia no es sólo coyuntural; el Espíritu aletea por detrás: el futuro pasa por su respuesta (fe, actitudes, aspiración a la santidad) y por lo que el Espíritu quiera decirles.

No sabemos qué les dirá el Espíritu. María, invocada al final de la Instrucción como primera consagrada y como quien ha vivido la plenitud de la caridad, acompañará su empeño cotidiano. Algo más fácil puede ser saber qué quiere decirnos hoy el Espíritu a nosotros. Indudablemente nos habla desde muchos lugares. Este mismo documento puede ser, sin duda, uno de ellos. Las conversaciones ordinarias, los exámenes de conciencia, las revisiones comunitarias, revelan sin cesar y en todas las latitudes la necesidad de caminar de otro modo, de retomar las fuerzas de Pentecostés, de intentar nuevos caminos. *Caminar desde Cristo* nos puede ayudar a ello. La Iglesia, Madre, ha vuelto a hacernos una buena aportación. Aprovechemos la fuerza y el alimento que nos ofrece.